
PRÓLOGO

No siempre se tiene la oportunidad de leer una obra literaria en forma paralela a su escritura. Yo la tuve, por una fortuita y feliz coincidencia, pude leer capítulo tras capítulo la más terrible *Revelación Macabra* que tuve en mis manos

Fortuita, porque di de bruces, inesperadamente con ella. Feliz, porque me atrapó de manera inmediata la ductilidad para transmitir situaciones de espacio-tiempo de la autora.

La fantástica creatividad y versatilidad de Marcela Isabel Cayuela le permite transitar por los caminos que propone en su obra, con la misma naturalidad que un pez se mueve en el agua.

Un thriller psicológico e histórico, donde lo real y lo ficticio se entrecruzan permanentemente. Donde la relatividad del tiempo-espacio cobra vida. Donde la ubicación del lector -como espectador y participe- de la trama, encuentra dificultades lógicas -casi siempre de índole irreal- respecto al destino de los protagonistas de la historia.

A los lectores les digo que lean con atención, para poder desentrañar el desafío que propone la autora, desde su más profunda y fértil imaginación.

Pónganse cómodos y prepárense a ser irremediamente atrapados por esta *REVELACIÓN MACABRA*, de la cual no lograrán escapar -ni a su destino- hasta el punto final.

Enrique Celso Almirón
Corrientes, Argentina, junio de 2017

ÍNDICE

PRÓLOGO	1
ÍNDICE	2
INTRODUCCIÓN	3
EL REENCUENTRO	3
CAPÍTULO I	4
EL ORIGEN DEL MAL	4
CAPÍTULO II	7
ROMPECABEZAS	7
CAPÍTULO III	9
PANTALLAZOS DEL INFIERNO	9
CAPÍTULO IV	13
¿CONSPIRACIÓN O DELIRIO?	13

INTRODUCCIÓN

EL REENCUENTRO

Alza con lentitud la cabeza. Su dorado cabello ondea azotado por el viento. Sus ojos, inconmensurablemente abiertos, reflejan espantados el intenso resplandor color naranja.

Allí de pie, justo frente a ella, se encuentra él. A pesar del tiempo transcurrido, puede reconocer a la perfección su estilizada silueta perfilándose imponente en la luminiscencia del incendio a sus espaldas.

No podía ser cierto... No.

Él estaba muerto. Doce años atrás, ella misma le había disparado en el pecho. Incluso, le vio desplomarse mientras la sangre que manaba de su herida dibujaba una mancha creciente sobre el piso de aquella habitación en Belfast. Sin embargo, ahora ahí está, contemplándola a través de su mirada gélida y celeste. Indolente. Hasta parece sonreír.

Erika se estremece, presa de un pánico extremo. No, ésta no es otra de sus habituales pesadillas. El horror ha vuelto.

El aire comienza a densificarse, tornándose irrespirable. El humo procedente del fuego desatado, incontenible, un poco más atrás, invade ya todo el espacio. En tanto, ellos permanecen como si el tiempo se hubiese paralizado, midiéndose uno al otro, en completo silencio.

CAPÍTULO I

EL ORIGEN DEL MAL

24 años atrás

Margot corre desesperada, descalza, a medio vestir y sin aliento, amparada por la oscuridad de una fría noche invernal. Finalmente, ha conseguido huir y, de momento, su objetivo primordial es alejarse del maldito loco que la mantuvo prisionera durante los dos últimos años.

Todo había dado inicio una tarde, al salir de la Facultad de Ciencias, donde ella cursaba el último año de Psicología. Lo conocía, se cruzaron en varias oportunidades por los múltiples pasillos o coincidieron en algunos auditorios del edificio, pero jamás fueron presentados. Como únicos datos, solo sabía su nombre: Dieter Holtzmann y que se desempeñaba como ayudante de cátedra en Neurobiología e Ingeniería genética.

Curiosamente, a Margot le llamaba la atención aquel hombre retraído, más bien osco y de mirada inquietante. En especial, cuando a través de los gruesos cristales de sus anteojos con marco de carey remendado, fijaba su vista en ella. Parecía desearla, pero junto a ello había algo más, algo turbador, que Margot no atinaba a discernir. Cuando menos, no hasta el día en que él decidiera secuestrarla.

Desde aquel momento aciago, su vida se transformó en un verdadero infierno. Un caos demencial del que apenas si podía hilar algunos retazos. Sobre todo, en lo que debió experimentar durante el cautiverio. Todo en la actitud del sujeto lo exponía como un tipo raro y, aunque no manifiesta o físicamente violento, era, sin lugar a dudas un individuo siniestro.

Contrario a lo que podría especularse, para perpetrar aquel crimen, a Dieter no le movilizaron pasiones tales como el deseo o la lujuria, sino más bien su obsesiva y desquiciada pasión por la investigación científica. Quería, mejor dicho, necesitaba a la joven, con el objeto de efectuar, a través de ella, un macabro experimento. De esos, que jamás serían autorizados por entidad alguna y de los que nadie se atrevería citar detalles en público.

El golpe en la nuca la deja apenas consciente, lo suficiente como para darse cuenta de que no será capaz de luchar o defenderse. Holtzmann la introduce en el asiento trasero de un viejo automóvil color bordó, según Margot alcanza a distinguir. Una vez allí, la inyecta en el cuello, tras lo cual, esta vez sí, pierde el conocimiento.

Despierta en medio de una total oscuridad. El sitio se percibe acentuadamente húmedo y el tufo rancio del encierro, impregna el exiguo aire que puede respirar. Le duele mucho la cabeza y se siente mareada.

A partir de este día, Margot Héller, una joven y prometedora estudiante universitaria, adquiere un conocimiento infinitamente superior, a lo que alguna vez supuso como... auténtico terror.

CAPÍTULO II

ROMPECABEZAS

Luces. Dolor. Frio...
Luces. Luces. Rostros difusos. Voces...
Dieter...

— ¡Nooooooooooooooooo!!!! —grita Margot, luchando por desasirse de las correas que la sujetan a la camilla. Nuevamente.

Cierra los ojos con fuerza, inhala profundo y chilla.

— ¡Hans! ¡Haaaaaaans! —grita, evocando el rostro amigable del hombre con quien compartiera gran parte del tiempo durante su confinamiento.

—Calma, calma Margot. Aquí estoy. Todo terminó —dice el hombre, inclinándose hacia ella y abrazándola.

Sí, es Hans.

—Las luces... las luces... —solloza Margot aterrada, mientras se retuerce, intentando zafar de sus ataduras—. Él... ¡Dieter! ¿Dónde está? ¡Oh no, vendrá por mí! Lo sé. ¡Hans! ¡Hans! ¡Tienes que ayudarme, Hans!

Una joven enfermera ingresa en la habitación y, con rapidez, administra 5 mg de *Lorazepam* directo en el extremo próximo al *abbocath* que Margot lleva inserto en el brazo.

—Debe retirarse, señor —le dice a Hans—. Ella necesita descansar.

—Sí, lo sé —responde él, mudando notorio el gesto en su semblante.

Depone su apariencia amorosa y protectora. El modo en que arruga el entrecejo, mientras la enfermera le da la espalda, denota una preocupación superlativa. Nervioso, echa un rápido vistazo por sobre el hombro, en dirección a la ventana que da hacia el corredor. Por entre los visillos, distingue una oscura silueta de pie al otro lado, contemplándoles.

—Señor... ¡Señor Bauman! ¿Me escucha usted? —Demanda, impaciente, la enfermera, notando la abstracción de éste.

— ¿He...e? Sí, discúlpeme. Estoy algo cansado —responde Hans—. Han sido momentos de excesiva presión para nosotros. —luego, retoma su actitud dulce y beatífica—. ¿Mi esposa, se pondrá bien?

—Descuide, señor Bauman, lo hará. Puede que lleve algo de tiempo, pero es una mujer joven y estoy segura de que va a lograrlo.

— ¿Y... su memoria? —pregunta Hans, con perceptible temblor en la voz.

—Eso tendrá que discutirlo con su médico de cabecera. —Fue seca la respuesta de la joven—. El Dr. Shulze vendrá a primera hora en la mañana. Ahora, usted debería irse a casa y dormir. Ella no despertará por varias horas —dice, conduciéndolo amable hasta la puerta.

Hans Bauman vuelve a mirar a Margot. Aún bajo los efectos del sedante, evidencia una expresión signada por la magnitud de su angustia, de un abismal e incognoscible dolor.

Ambos se retiran del cuarto. Anika —tal es el nombre que la enfermera luce sobre el uniforme— reduce la potencia de las luces, sin apagarlas, y cierra la puerta tras de sí.

De inmediato, ella se adelanta rumbo al office de enfermería. Tendrá mucho más que hacer en lo que resta de la jornada. A pesar de tratarse de un sanatorio muy reservado y con escasas admisiones, ella precisamente esa noche, se encuentra sola a cargo de la guardia, no siendo Margot su única paciente.

Hans permanece unos minutos junto a la puerta, viéndola alejarse. Observa detenidamente en derredor. El extraño que avistara poco antes, a través de la ventana, ha desaparecido.

Suspira. Enfunda las manos dentro de sus bolsillos y, curvando los hombros hacia adelante, sale de allí. Es hora de ir por ellos. Los niños deben de estar hambrientos.

CAPÍTULO III

PANTALLAZOS DEL INFIERNO

Le duelen los ojos. La fluorescencia que irradia esa lámpara sobre su cuerpo inmovilizado invade por completo su campo visual, impidiéndole distinguir nada más allá del potente resplandor.

De pronto, el contorno de una mano se perfila justo ahí arriba, apartando aquella despiadada fuente de luz. Margot advierte su presencia. Otra vez él. Reconoce las gafas empotradas en carey remendado, bajo una cofia de cirugía que le llega hasta las cejas.

Se aproxima, jadeante, farfullando palabras para ella ininteligibles. Es Holtzmann, el lunático que la había secuestrado aquella tarde, ¿hacia cuánto? No consigue recordarlo. En realidad, no puede hilvanar, coherente, ninguno de los sucesos posteriores al rapto. Solo pantallazos, como el haber despertado en la gélida caverna, donde usualmente permanece cuando no está inmovilizada en el laboratorio de las luces fluorescentes.

Margot siente el aliento del sujeto rozándole el cuello, le está diciendo algo. Voltea la cabeza en dirección opuesta, impelida por la repulsión que su proximidad le causa. Sufre un violento acceso de náuseas y, entonces, siente la fiereza con que Dieter le sujeta el rostro, girándolo de vuelta hacia él. Quiere que lo escuche, que lo vea, que nunca logre olvidarlo.

Sin aviso, siente como alguien separa sus piernas, fijándolas en estribos, como los que se utilizan en las camillas de ginecología. La textura áspera de la soga cruda raspa la piel de sus tobillos. Intenta levantar la cabeza, pero el frío del espéculo, penetrándola, le impulsa arquear la espalda hacia atrás. Emite un hondo gemido. Ansía gritar, pero no consigue hacerlo.

La humedad del aire irrespirable vuelve a inundar sus pulmones cuando recobra el sentido, tendida en el piso de aquella celda subterránea, donde la devuelven tras cada «sesión» de experimentos.

Con el transcurso del tiempo —no sabe cuánto— Margot comienza a distinguir parte del entorno: cajas, libros, muebles destartalados, pero por sobre todo, una gran cantidad de anaqueles atestados de frascos de unos 60 cm de altura, con el vidrio tan empañado por el tiempo y el descuido reinante, que no permiten dilucidar su contenido. Una puerta de hierro, con una pequeña abertura enrejada en la parte superior y otra inferior, por donde una vez al día, le introducen un recipiente metálico con algún indefinible potaje como alimento y una botella plástica con agua.

Allí abajo casi siempre hace frío. Margot no dispone, ni siquiera, de una litera donde acostarse. Desde el primer día de reclusión, se mantuvo dentro del estrecho perímetro que estableció como su espacio, sin alejarse jamás de aquel minúsculo cuadrante. Un poco por miedo a lo desconocido, y otro por la inercia que le producen las drogas en su sistema.

Esa noche, un poco más lúcida, Margot se auto examina. Su ropa está desgarrada y sucia. Sobre la piel descubre magullones y algunas heridas lacerantes, conjeturando que, con toda seguridad, son el resultado de una o varias agresiones que, sin embargo y a pesar de la evidencia, no logra recordar.

Silencio. Oscuridad. Soledad.

De repente, forcejeos, su llanto y, de nuevo, esas enormes jeringas con sus agujas, punzándole los brazos, las piernas, el cuello.

Nulidad. Las luces del laboratorio. Las voces.

Dieter...

De improviso, irrumpiendo entre lo vacío y lo difuso, aquel individuo de rostro amable y mirar sereno, aseándola, peinando su cabello, ofreciéndole una manta, obligándola a comer. Había dejado de hacerlo.

Poco a poco, Margot — *¿Es ese su nombre? Ya ni de eso tiene certeza*— principia romper con su ostracismo, permitiéndose advertir esa presencia. Nota que su comportamiento es disímil al resto, para nada hostil, especialmente cuando se hallan a solas.

En apariencia, este subordinado en particular, cumple funciones de celador. Incluso, es debido a esta coyuntura que, desorientada por sus frecuentes delirios opiáceos, Margot desvaría, imaginando que se encuentra erróneamente recluida en alguna Institución Psiquiátrica del tipo que aún persevera en la práctica de arcaicos procedimientos para tratar a sus internos. Suponiendo, además, que él pertenece al personal.

La teoría de ella sobre estar en un psiquiátrico surge, entre otras cosas, debido a la asiduidad con que es sometida a procedimientos de electroshock y baños a chorro de agua helada. Juzgando en más de una ocasión, que de no ser por la conmiseración de su guardián, enfermero o vigilante, no podría haber sobrevivido a ello.

Durante alguno de esos momentos compartidos, él decide confiarle su nombre... «Hans»; rogándole encarecidamente guardar el secreto. Ya que Holtzmann le ha prohibido dirigirle la palabra. Mucho menos, que exteriorice algún tipo de cortesía para con ella.

A pesar de su notoria timidez, Hans persiste en su estima por Margot y, en reiteradas oportunidades, concurre a la celda, portando una lámpara de gas y un libro de poemas. Lee para ella, muy mal, pero lo hace durante horas; procurando, por medio de este piadoso acto, preservarla lúcida y con fuerzas para resistir aquel infierno. Pero el tormento y la agonía retornan, una y otra vez, sin piedad.

Al inicio de una de aquellas «sesiones», Dieter rasura la cabeza de Margot. Ella vaticina lo que está a punto de suceder, pues no tarda en avistar al científico demente alistando una sierra quirúrgica de uso regular en trepanaciones o craneotomías. Con espanto, alcanza a percibir el diabólico destello de sus ojos tras las gafas. Se ve eufórico.

Instintivamente, Margot, recurre a toda su energía e intenta escapar. Aún no le han ceñido las correas, ni administrado gases de anestesia general. Ante esto, Dieter suelta la sierra y grita, exhortando apoyo, mientras la retiene, bloqueando su desplazamiento con el peso de su propio cuerpo ahorcado sobre ella, al tiempo que la inyecta con brutalidad.

— ¡Mierda! ¡Te dije que la sedaras! ¡Torpe incompetente! —reprende a otro, situado fuera del rango visual de Margot.

— ¡Ya voy! ¡Lo siento señor! Me ocuparé de inmediato. Prometo que no volverá a suceder —responde, desde las sombras, una voz que a ella, a pesar de la somnolencia que sobreviene, le suena extrañamente familiar.

CAPÍTULO IV

¿CONSPIRACIÓN O DELIRIO?

— ¡Déjame! ¡No te atrevas a tocarme! ¡Eras tú! ¡Admítelo! Estabas allí, ¿verdad? ¡Estabas con Dieter! —increpa Margot, por completo descontrolada.

Anika entra de prisa. Margot se contorsiona en la cama, como si batallara a brazo partido contra una entidad invisible, presa de un delirio violento e inconsciente.

— ¡Maldito! ¡Maldito farsante! —acusa, llorando enajenada—. ¡Tú lo ayudaste! ¡Lo ayudaste a violarme!

Anika administra una fuerte dosis de sedativos en la tubuladura que pende desde el suero. El efecto es casi inmediato. La voz de Margot comienza a desfallecer y sus palabras se oyen turbias, farfulladas.

—... H... a... a... ns... —es lo último que cita, antes de perder el sentido.

Al escuchar esto, la enfermera contrae el ceño *¿Había dicho Hans?* La puerta se abre de improviso, el Dr. Bastian Shulze ingresa. Es un hombre de porte intimidante. Muy alto, corpulento, ario y señorial. Su apariencia no es típica de un médico, sino más bien la de un militar de alto rango o un miembro de las S.S., en el oscuro pasado de Alemania, durante el dominio del Tercer Reich.

Anika, invariablemente, se atolondra en su presencia, aun cuando desconoce las razones para ello. Shulze es Jefe de Psiquiatría en aquel sanatorio y, contra todo lo que le es habitual, toma el caso de Margot Bauman de modo personal.

A consecuencia de ello, Anika se ve obligada a lidiar con él todos los días, dado que ha sido precisamente Shulze quien la designara como enfermera exclusiva de esta paciente, relevándola de sus otras obligaciones en el piso.

—Acérquese —ordena Shulze a la enfermera.

Ella se aproxima a él, con lentitud y la cabeza inclinada.

— ¿Si, Doctor? —dice en voz baja

—Que no vuelva a suceder, A-ni-ka —deletrea su nombre, luego de leerlo en la placa sobre su pecho y clavándole, álgida, una mirada admonitoria.

—Pero, Doctor, hace apenas dos horas le apliqué 5 mg de Lorazepam. Deduje que sería suficiente para que durmiera hasta el alba —se excusa Anika, con las manos trémulas.

El médico repara en el detalle y sonríe enigmático, mordaz.

—Anika, que no vuelva a suceder —repite, como si jamás la hubiese escuchado hablar.

Luego, se aproxima a los pies de la cama y desmonta del respaldo la historia clínica. Se la extiende a la joven.

—Guárdela bajo llave. De ahora en adelante, este caso será tratado como un expediente clasificado. No puede discutirlo con nadie. ¿Comprende? —advierte Shulze

—Pero, Doctor, ¿y su marido? ¿Qué le diré al Sr. Bauman? Me refiero, a la evolución de su esposa —pregunta Anika con timidez.

— ¿Comprende? —se limita a recalcar Shulze

Raudo, éste gira sobre sus pasos y se devuelve a la puerta. Mientras la atraviesa, Anika le escucha murmurar:

—Hans. Hans. Ya nos ocuparemos de Hans.

En el corredor, aquella oscura y misteriosa silueta le aguarda. Ambos cruzan unas palabras y, caminando juntos, se pierden en las sombras.

Anika los observa a través de la ventana con los visillos entreabiertos. Se vuelca hacia Margot y se le acerca. Duerme. Posa su mano sobre la de ella y, con un repentino escalofrío recorriéndole la espalda, por primera vez en todo este tiempo, siente piedad por la mujer.